

do de la Cámara como Pedro Leraux y Emilio de Girardin, y ¡quién sabe! quizá expulsado como Manuel.

Al día siguiente diría indignado el propietario:—Muy bien hecho!

Por todas partes los periódicos del orden amenazarían con el puño al calumniador.

Y en su propio partido, hasta sus mejores amigos que se sientan con él en su mismo banco, le abandonarían, diciendo:—Suya es la culpa! ¡ha ido tan lejos! ¡ha supuesto tales quimeras y absurdos!...

Y después de su generoso y heroico esfuerzo, encontraría el orador que las cuatro atacadas instituciones serían más venerables y más impecables que hasta entonces, y que en vez de hacer avanzar la cuestión, solo consiguió hacerla retroceder.

v.

Pero la Providencia obra de otro modo que los mortales. La Providencia, cuando dispone que haya un cambio radical en la humanidad, lo expone espléndidamente á la vista de todos y dice:—Mirad, y todos lo ven.

Llega un hombre una mañana; ¿qué hombre? Cualquiera; el primer adivino, el último que llega; un hombre sin pasado, sin porvenir, sin génio, sin gloria, sin prestigio.

Pero es un aventurero? ¿Es un príncipe?

Es un hombre con las manos llenas de dinero, de billetes de Banco, de acciones sobre ferro-carriles; con placas, condecoraciones, prebendas; un hombre que soborna á los empleados y les dice:—Empleados, haced traición.

Y los empleados le complacen.

—Todos sin escepcion?

—Sí, todos.

Un hombre que se dirige á los generales y les dice:—Generales, matad.

Y los generales matan.

Que se vuelve á los jueces inamovibles y les dice:—Magistratura, rompo la Constitución, voy á ser perjuro, disuelvo la Asamblea soberana, apreso á los inviolables representantes, robo las cajas del Tesoro, séquestro, confisco, mando á presidio al que quiero, deporto á mi antojo, ametrallo sin intimación, fusilo sin formación de causa, cometo todo lo que se ha convenido en llamar crimen, violo todo lo que se ha dado en llamar derecho; mirad: las leyes están bajo mis pies.

La magistratura le contesta:—Señor, haremos la vista gorda.

—La vista gorda! insolentes! replícales ese hombre providencial; eso sería ultrajarme; lo que quiero es que me secundéis.

—Jueces, venid á felicitar me hoy, que soy la fuerza y el crimen, y mañana, los que se hayan resistido á esa orden, aquellos que representan el honor, el derecho y la ley, serán juzgados y también condenados por vosotros. Los jueces inamovibles hincan la rodilla, besan las botas de su señor, corren á instruir *el proceso de los perturbadores*, y después de cometer esa villanía, aun le prestan juramento.

Luego percibe en un rincón al clero, dotado, reluciente, con báculo, capa y mitra, y le dice:—Ah! ¿estás ahí tú, arzobispo? Acércate; bendíceme.

Y el arzobispo, con gran pompa y ceremonia, entona el *Magnificat*.

vi.

¡Ah, qué cosa tan sorprendente y qué enseñanza! *Erudimini*, diría Bossuet.

Los ministros creyeron que disolvían la Asamblea y han disuelto la Administración.

Los soldados tiraron sobre el ejército y lo mataron.

Los jueces creyeron juzgar y condenar inocentes, y juzgaron y condenaron á muerte la magistratura inamovible.

Los sacerdotes imagináronse cantar un hosanna á Luis Bonaparte, y cantaron un *De profundis* al clero.

vii.

Cuando Dios quiere destruir una cosa, hace que ésta se destruya por sí misma.

Todas las instituciones perjudiciales del mundo acaban por suicidarse.

Cuando han pesado mucho tiempo sobre los hombres, la Providencia, como el Sultán á sus visires, les envía la cuerda ó el cordón con un nudo, en el que ellos mismos se ahorcan.

Luis Bonaparte es el nudo de la Providencia.



CONCLUSION

PRIMERA PARTE.

Pequeñez del amo; abyección de la situación.

i.

Estad tranquilos, amigos de la humanidad, que la historia juzgará con justicia á Napoleón el Pequeño.

Pero si le halaga la idea de que ésta le vanaglorie; si, como es probable, cree que ha de aplaudirle por su valor como malvado político, aparte de su pensamiento semejante ilusión.

No se imagine que porque ha amontonado horrores sobre horrores, se elevará jamás á la altura de los grandes bandidos históricos.

Nosotros hemos quizá procedido con ligereza en algunas páginas de este libro aquí y allá esparcidas, parangonándole con ellos.

Aunque ha cometido crímenes enormes, siempre resultará mezquino; jamás será otra cosa que el estrangulador nocturno de la libertad; el hombre que embriagó á los soldados, no con la gloria, como el primer Napoleón, sino con el vino, jamás dejará de ser el tirano pigmeo de un gran pueblo. La índole del individuo niégase en todos sentidos á la grandeza, hasta á la grandeza de la infamia.

Como dictador es un bufón; como emperador, grotesco.

Su destino en la historia consistirá en hacer encoger de hombros con indiferencia al género humano. ¿Por esto será menos rudamente censurado? No; el orden no se opone á la cólera; será siempre odioso al mismo tiempo que ridículo. La historia, al propio tiempo que rie, fulmina rayos.

Ni los más indignados le colocarán en otro lugar.

Los grandes pensadores se complacen en castigar á los grandes déspotas, y algunas veces los engrandecen más de lo justo para hacerlos dignos de su furia; pero no es posible que el historiador trate así á Napoleón el Pequeño. El historiador solo podrá presentarlo á la posteridad cogiéndole de la oreja como si fuera un pilluelo.

Despojado de su éxito, caído del pe-

destal y caído en el polvo, sin oropeles, sin adornos y sin el sable marcial, desnudo y tembloroso su raquíptico esqueleto, quedará ruín, miserable y digno de lástima.

La historia tiene sus tigres.

Los historiadores, guardas inmortales de animales feroces, presentan á las naciones la casa de fieras imperial.

Tácito solo, ese gran cazador de los tiempos antiguos, cogió y encerró diez ó doce de estos tigres en las cajas de hierro de su estilo. Miradlos, son espantosos y soberbios; sus manchas realzan más su hermosura.

Este es Nemrod, el cazador de hombres; ese Busiris, el tirano de Egipto; aquel Falario, que mandó asar hombres vivos dentro de un toro de cobre, para que mugiese el toro; este es Asuero, que arrancó la piel de la cabeza á los siete macabeos y los metió en un horno encendido; ese es Neron, el incendiario de Roma, que cubría de cera y de betún á los cristianos, encendiéndoles como si fuesen antorchas; aquel es Tiberio, el héroe de Caprea; este es Domiciano; ese, Caracalla; aquel, Heliogábalo; el de más allá Cómodo, que tiene, además de sus hazañas, el horrible mérito de ser hijo de Marco Aurelio.

En esta jaula vereis varios czares, en aquella sultanes, en la otra papas. Observad entre ellos al tigre Borgia; ahí teneis á Felipe, llamado el Bueno, como las fúrias se llamaban Euménides; allí á Ricardo III, siniestro y deforme; más allá á Enrique VIII, que de cinco mujeres que tuvo mató á tres y abrió el vientre á otra; á este lado teneis á Cristóbal II, el Neron del Norte; á este otro á Felipe II, el demonio del Mediodía.

Escuchad los rugidos de esos tigres espantosos y contempladles uno tras de otro; el historiador os los presenta, os los acerca curiosos y terribles á la delantera de la jaula; mirad cómo os abren las bocas, os enseñan los dientes y os muestran las garras; podeis decir de cada uno de ellos que es un tigre real. Efectivamente, han sido cazados todos en los tronos, y la historia los pasea á través de los siglos, procurando que no mueran. Como son sus tigres, por eso los cuida, pero no los mezcla con los chacales; á los animales inmundos los pone y guarda aparte.

Bonaparte será encerrado como Claudio, como Fernando VII de España y como Fernando II de Nápoles, en la jaula de las hienas.

Tiene algo del bandido y mucho del cobarde.

En él no se vé más que al pobre príncipe de industria que en Inglaterra tuvo que valerse de varios expedientes para vivir.

Su prosperidad actual, su triunfo, su imperio y su hinchazon nada importan, porque arrastra el manto de púrpura sobre botas destalonadas. Solo es Napoleón el Pequeño, ni más ni menos. El título de este libro es propio y adecuado.

La bajeza de sus vicios perjudica á la grandeza de sus crímenes.

Segun mi criterio, está muy por debajo de Pedro el Cruel, que mataba, pero no robaba; de Enrique III, que asesinaba, pero no estafaba; de Timour, que aplastaba á los niños bajo los piés de sus caballos, poco más ó menos como Bonaparte exterminó á las mujeres y á los ancianos en el boulevard, solo que Timour no mentía.

Oigamos al historiador árabe:

"Timour-Bey, sahebkeran (señor del mundo y del siglo, señor de las conjunciones planetarias), nació en Kesch en 1336; degolló á cien mil cautivos; teniendo sitiada á Siwas, los habitantes, con objeto de enternecerle, le enviaron mil niños, cada uno con un Korán sobre la cabeza, y gritando: ¡Alah! ¡Alah! pero él mandó quitar con todo respeto los libros que los niños llevaban y aplastar á éstos con los piés de los caballos. Empleó setenta mil cabezas humanas con cimientó, piedra y ladrillo, en la fabricacion de las torres en Hérat, Sebzar, Tékrit, Alep y Bagdad. Detestaba la mentira, y cuando daba su palabra, podia confiarse en ella."

Bonaparte no tiene esa talla ni la dignidad que los grandes déspotas de Oriente y Occidente mezclaron con la ferocidad; le falta magnitud cesárea.

Para mostrar buen continente y mejor talante entre todos esos verdugos ilustres que han torturado á la humanidad desde hace cuatro mil años, no debia haber titubeado entre un general de division y un tocador de bombo de los Campos Elíseos; no debió ser polizonte en Lóndres, ni sufrir con la vista baja y en el Tribunal de los Pares los altivos desprecios con los que le abrumó Magnan; ni debian haberle llamado *pickle-pocket* los periódicos ingleses, ni haberle amenazado con encerrarle en Clichy; en una palabra, no debia haber nacido bellaco.

Monseñor Luis Napoleon, sois un ambicioso; pero como habeis aspirado á mucho, debemos deciros la verdad. En vano habeis querido, derribando la tribuna francesa, realizar á vuestro modo el deseo de Calígula, que decia: "Quisiera que el género humano no tuviese más que una sola cabeza para poderla cortar de un golpe"; en vano habeis querido desterrar á millares los republicanos, como Felipe III expulsaba los moros y Torquemada arrojaba á la hoguera los judíos; en vano tener casamatas como Pedro el Cruel, pontones como Hariadan, dragonadas como el padre Letellier y calabozos como Ezdino III; en vano habeis sido perjuro como Ludovico Sforzia; en vano habeis parodiado la matanza de Carlos IX; en vano haceis recordar esos nombres á la memoria, en vano, porque no sois más que un malvado grotesco, y no es mónstruo el que quiere serlo.

III.

De toda aglomeracion de hombres, de toda ciudad, de toda nacion, nace fatalmente una fuerza colectiva. Poned esta fuerza colectiva al servicio de la libertad, hacedla regir por el "sufragio universal", y la ciudad trocaráse en municipio, la nacion en República.

Esta fuerza colectiva no es, por naturaleza, inteligente. Siendo de todos, no es de nadie; flota, por decirlo así, fuera del pueblo.

Hasta el dia en que, segun la verdadera fórmula social, que es *el menor gobierno posible*, dicha fuerza pueda reducirse á no ser más que una policia de la calle y del camino, empedrando las calles, encendiendo los reverberos y vigilando los malhechores; hasta aquel dia, dicha fuerza colectiva, estando á la merced de numerosos azares y ambiciones, necesita ser guardada y defendida por instituciones celosas, previsoras y bien fundadas.

Porque la tradicion puede sojuzgarla; puede sorprenderla la astucia, y puede un hombre cogerla, enfrenarla, domarla y hacerla obrar contra los ciudadanos.

El tirano es aquel hombre que, ora salga de la tradicion, como Nicolás de Rusia, ó de la astucia, como Luis Bonaparte, apodérase en provecho suyo y dispone á su antojo de la fuerza colectiva de un pueblo.

Tal hombre, si es rey de nacimiento como Nicolás de Rusia, es el enemigo so-

cial; si ha hecho lo que Luis Bonaparte, es el ladron público.

El primero nada tiene que ver con la justicia regular y legal, ni con los artículos de los códigos. Tiene tras sí, espiándole y acechándolo, con el ódio en el corazon y la venganza en la mano, en su palacio á Orloff y en su pueblo á Mouravieff; puede ser asesinado por cualquiera de su familia; corre el azar de las conspiraciones de los cuarteles, las revueltas de los regimientos, de las sociedades militares secretas, de los complots domésticos, de las enfermedades bruscas y oscuras, de los golpes terribles, de las grandes catástrofes.

El segundo debe tan solo ir á Poissy.

El primero tiene lo necesario para morir con la púrpura y para terminar pomposa y realmente, como terminan las monarquias y las tragedias.

El segundo debe vivir, vivir entre cuatro paredes detrás de las rejas por donde pueda verle el pueblo, barriendo patios, haciendo cepillos de crin ó zapatos de orillo, vaciando cubas, llevando gorro verde á la cabeza y zuecos con paja dentro.

¡Oh, jefes de los viejos partidos, mantenedores del absolutismo! En Francia habeis votado en masa cuando se celebró el escrutinio de los 7.500.000 votos; fuera de Francia habeis aplaudido y tomado á ese Cartouche por el héroe del orden.

Convengo que es bastante feroz para eso, pero examinad su talla; no seais ingratos con vuestros verdaderos colosos. Habeis destituido con violencia á vuestros Haynau y Radetzky, pero medita sobre esta comparacion, que salta naturalmente á la idea. ¿Qué es ese Mandrino de Lilliput al lado de Nicolás, czar y César, emperador y papa; poder entre bíblico y knouto; que sentencia y condena; que manda al ejercicio á ochocientos mil soldados y á doscientos mil sacerdotes; que tiene en su mano derecha las llaves del Paraiso y en su izquierda las llaves de la Siberia, y posee como propiedad suya sesenta millones de hombres, y además sus almas, como si fuese Dios, y sus cuerpos, como si fuese tumba?...

III.

Si el estado violento de Francia no tuviese un desenlace brusco, imponente y brillante; si la situacion de la nacion

francesa se prolongara mucho, lo más grave de ella seria el mal moral.

Los boulevares de Paris, las calles, los campos y las ciudades de ochenta departamentos de Francia fueron sembrados el 2 de Diciembre de cadáveres y de moribundos. Se encontraron en las puertas de las casas padres y madres degollados, niños abiertos á sablazos, mujeres despeinadas arrastrándose en la sangre y mutiladas por la metralla; asesinaron en las casas hasta á los séres indefensos que pedian perdon; á unos los encontraron fusilados en monton en los subterráneos, á otros en sus propios lechos; aun ahora véense todavía, ya en una pared, ya en una puerta, ya en una alcoba, manos impresas con sangre. Despues de la victoria de Luis Bonaparte, Paris caminó durante tres dias sobre un barro rojizo.

Yo, que escribo estas líneas, ví entre otras víctimas, en la noche del 4, cerca de la barricada Manconseil, un anciano de cabellos blancos tendido en el suelo, con el pecho atravesado por una bala y la clavícula rota; el arroyo que en la calle corria por debajo de él arrastraba su sangre: ví tambien y toqué con mis propias manos, ayudando á desnudarle, á un pobre niño de siete años, muerto, segun me dijeron, en la calle Tiquetonne; estaba pálido; su cabeza caia, ya sobre un hombro, ya sobre el otro, mientras le desnudaban; sus ojos, medio cerrados, estaban fijos, y acercando el oido á su boca entreabierta, aun le oia murmurar débilmente con dulzura y angustia: Madre! madre mia!

Pero aun hay algo más doloroso que ese pobre niño muerto, algo más lamentable que aquel anciano ametrallado, algo más espantoso que las manchas que la matanza estampó en el suelo, algo, en fin, más irreparable que esos hombres y esas mujeres, que esos padres y esas madres degolladas y asesinadas: el honor de un gran pueblo que se desvanece.

Ciertamente que las pirámides de muertos que se veian en los cementerios despues de descargar los furgones que venian del Campo de Marte; ciertamente que las inmensas fosas abiertas que se llenaban con rapidez de cuerpos humanos eran horrorosas; pero lo es más todavía el pensar que aun en la actualidad los pueblos dudan, y que para ellos ha desaparecido el esplendor moral de Francia.

Es más horrible que los cráneos des-

trozados por los sables y los pechos atravesados por las balas; más desastroso que las casas robadas, que la muerte cubriendo las calles y que la sangre vertida á torrentes, pensar que ahora dicenselos pueblos todos de la tierra: ¿Sabéis lo que es de aquella nacion de las naciones, de aquel pueblo del 14 de Julio, de aquel pueblo del 10 de Agosto, de aquel pueblo de 1830, de aquel pueblo de 1848, de aquella raza de gigantes que aplastaba las Bastillas, de aquella raza de hombres cuyo rostro deslumbraba, de aquella pátria del género humano, cuna de los héroes y de los pensadores; de aquellos otros héroes que realizaban todas las revoluciones y producian todas las ideas; de aquella Francia cuyo nombre queria decir Libertad, de aquella alma del mundo que reinaba en Europa, de aquella luz, en fin, que lo alumbraba todo? Pues bien, alguno la ha hollado y la ha extinguido. Francia ya no existe; desapareció. Mirad; tinieblas por todas partes. El mundo anda á tientas.

¿Dónde están aquellos tiempos, aquellos hermosos tiempos de tempestades, pero espléndidos, en los que todo era vida, en los que todo era libertad, en los que todo era gloria? ¿Dónde están aquellos tiempos en que el pueblo francés, despierto antes que los demás y de pié en medio de las tinieblas, con la frente bañada por la aurora del porvenir, atraído por él, decia á otros pueblos todavía dormidos, anonadados y sacudiendo apenas sus cadenas soñolientas: "Tranquilizaos, yo trabajo por todos, preparo la tierra para todos: soy el obrero de la Providencia?"

Oh, dolor amargo! Reina la torpeza donde imperaba el poderío; vive la vergüenza donde vivió la altivez; el soberbio pueblo que levantaba la cabeza la humilla ahora.

Ay! Luis Bonaparte ha hecho algo más que matar cuerpos; ha empequeñecido las almas; ha menguado el corazón del ciudadano.

Es preciso ser de la raza de los indomables y de los invencibles para perseverar ahora en el áspero camino del retraimiento y del deber.

No sé qué gangrena de prosperidad material amenaza con hacer entrar en putrefaccion la honradez pública.

Es una dicha estar desterrados, caídos, arruinados, ¿no es verdad, bravos obreros? ¿No es verdad, dignos aldeanos arrojados de la Francia, sin tener asilo que os abrigue, ni calzado que defienda

vuestros piés heridos? Es una dicha comer el pan negro de la emigracion, acostarse en jergones echados en el suelo, llevar los codos raidos, vivir fuera de todo eso, y poder, á los que os preguntan: Sois francés? contestar: ¡Soy proscripito!

¡Qué miseria mayor que la de esa alegría de intereses y codicias hartándose en la orgía del 2 de Diciembre!

Vivamos, dicen ellos; hagamos negocios, embrollemos las acciones de las minas de zinc ó las del ferro-carril; ganemos dinero sea como fuere. Esto será innoble, pero es excelente; un escrúpulo menos y un luis más; vendamos toda el alma en esa almoneda. Todo el mundo corre y corretea halagando á ministros y á poderosos; apurando hasta las heces el cáliz de la vergüenza y de la ignominia para obtener la concesion de un ferro-carril en Francia ó terrenos en Africa, ó un empleo lucrativo.

Una nube de adictos intrépidos circundan el Elíseo y se agrupan al rededor del amo y señor.

Junot, cerca del primer Bonaparte, sufría las salpicaduras del obús; ahora los que rodean al segundo sufren las salpicaduras del lodo. ¿Qué les importa compartir su ignominia, si comparten su fortuna? Entre los que luchan por hacer más cínicamente el tráfico de sí mismos, hay jóvenes de ojos puros y límpidos que gozan de la edad generosa y viejos que abrigan el temor de que el destino solicitado les llegue tarde, y por consiguiente de no poder deshonorarse antes de morir.

Los que sostuvieron el golpe de Estado, los que tuvieron miedo del espantajo rojo y de los cuentos del jacobinismo de 1852, los encumbraron, poniendo en las nubes el crimen cometido, porque salvó del peligro su renta, su libro de asientos, su caja, su cartera; no comprenden que si solo el interés material sobrenadase, éste solo seria un advenedizo en medio de un inmenso sufragio moral; no comprenden que es situacion horrible y monstruosa la situacion en que se puede decir: *Todo se ha salvado menos el honor!*

Las palabras independencia, emancipacion, progreso, orgullo popular, altivez nacional, grandeza francesa, ya no se pueden pronunciar en Francia.

Silencio! Esas palabras producen mucho ruido; caminemos de puntillas y hablemos bajo, porque estamos en la alcaoba de un enfermo.

—Y quién es el enfermo?

—Es el jefe, el señor á quien todo el mundo obedece.

—Ah! Luego le respeta todo el mundo?

—No; todo el mundo le desprecia.

—Brillante situacion!

Dónde está el honor militar? No hablemos de lo que el ejército hizo en Diciembre, pero sí de lo que sufre en este momento, de lo que está sobre su cabeza. Adivinais lo que es? lo adivina él?

Oh! ejército de la República; ejército que has tenido capitanes generales con un sueldo de cuatro francos diarios; ejército que has tenido por caudillos hombres como Carnot, esto es, á la austeridad; como Marceau, esto es, al desinterés; como Hoche, esto es, al honor; como Kléber, esto es, al desprendimiento; como Joubert, esto es, á la probidad; como Desaix, esto es, á la virtud; como Bonaparte, esto es, al génio. ¡Oh, ejército francés, pobre y desgraciado ejército heroico, extraviado en el camino de los hombres del 2 de Diciembre! Qué harán éstos de tí? ¿dónde te llevarán? en qué te ocuparán? ¿qué parodias estamos destinados á ver y oír?

¿Quiénes son esos hombres que mandan los regimientos y los gobiernan? Al jefe ya lo conocemos.

Este de acá, que fué ministro, iba á ser "cazado," el 3 de Diciembre, y por lo mismo es por lo que ayudó al golpe de Estado del 2.

Aquel es el "petardista," de los veinticinco millones pedidos á la Banca.

Ese otro es al que antes de ser ministro le decia "un amigo":—*Ea, hombre! ¡con tus acciones del negocio en cuestion nos hundes y me fastidias! ¡Si hay estafas, que participe yo de ellas!*

Este, que ostenta charreteras, acaba de ser convencido de casi estelionato.

El de allá, que tambien lleva charreteras, recibió en la mañana del 2 de Diciembre cien mil francos "para las eventualidades que sobreviniesen." No era más que coronel; si hubiese sido general, aun tuviera recibida mayor cantidad.

Estotro, que es general, siendo guardia de corps de Luis XVIII y estando de faccion detrás del sillón del rey durante la misa, arrancó del trono una bellota de oro y se la metió en el bolsillo; por esto le arrojaron del cuerpo. A semejantes hombres se les podría elevar una columna *ex cere capto* con el dinero robado.

Estotro, que es general de division, "distrato," cincuenta y dos mil francos, con conocimiento del coronel Charras,

en la construccion de las aldeas de San Andrés y San Hipólito, cerca de Mascara.

Aquel, que es general en jefe, tenia por sobrenombre en Gante, en donde se le conoce, *el general Quinientos francos.*

Aquel otro, que es ministro de la Guerra, debe al general Rulhière el no haber tenido que comparecer ante un Consejo de guerra.

Eso son los generales actuales del ejército francés.

Pero dá lo mismo, adelante. ¡Redoblad, tambores! sonad, clarines! ¡flotad, banderas! Soldados! ¡desde lo alto de esas pirámides os contemplan cuarenta ladrones!

Profundicemos tan dolorosa cuestion y examinémosla en todas sus partes.

Basta el espectáculo que ofrece una fortuna tan inmensa como la de Bonaparte, colocado en el pináculo del Estado, para desmoralizar un pueblo.

Hay siempre (y esto por culpa de las instituciones sociales, que debian, antes que todo, ilustrar y civilizar); hay siempre, digo, en una poblacion tan numerosa como la poblacion de Francia, una clase que ignora, que sufre, que codicia, que lucha, colocada entre el instinto animal, que impulsa á tomar, y la ley moral, que invita á trabajar.

Dentro de la condicion dolorosa y humillante en que se encuentra todavía, dicha clase, para mantenerse en la rectitud y en el bien, necesita de todos los puros y santos efluvios de luz que brotan del Evangelio; necesita que el espíritu de Jesús por una parte y por otra el espíritu de la Revolucion francesa, le dirijan las mismas varoniles palabras y le indiquen sin cesar que las únicas luces dignas de los ojos del hombre, que las altas y misteriosas leyes del destino humano, son la abnegacion, el desprendimiento, el sacrificio y el trabajo, que produce el bienestar material, y la probidad, que produce la inefable tranquilidad del alma.

A menudo sucumbe esa desdichada clase, tan digna de simpatía y de fraternidad, á pesar de la continua enseñanza á la vez divina y humana. El sufrimiento y la tentacion son más fuertes que la virtud.

¿Comprendeis ahora los infames consejos que el éxito de Luis Bonaparte puede dar á esa clase?

Un pobre andrajoso sin recursos, sin trabajo, se halla en la sombra de la esquina de una calle, sentado en el poyo de

la pared; medita y rechaza al mismo tiempo una mala accion. Unas veces se le vé vacilar, otras levantarse resuelto. Tiene hambre y deseos de robar, pero para robar necesita una llave falsa y escalar una pared, y solo despues de conseguir la llave y de escalar la pared podrá encontrarse delante de la caja. Ya ante el tesoro, si despierta á alguien y le hace resistencia, tendrá que matar. Esta idea le hace erizar los cabellos, sus ojos tórnanse esquivos y su conciencia, voz de Dios, se revuelve en él y le grita: "¡Dentente! ¡Tendrás que cometer un crimen tras otro!". Pero en este momento pasa por delante de él el jefe del Estado; el pobre vé á Bonaparte vestido de general, con el cordon rojo y acompañado de lacayos con librea galoneada de oro, galopando hácia su palacio en un coche tirado por cuatro caballos. El desgraciado, que titubeaba ante el crimen, mira ávidamente esta vision espléndida, y parécele oír que le dicen la serenidad de Bonaparte, sus charreteras de oro, el cordon rojo, la librea, el palacio y el carruaje con los cuatro caballos: "¡Adelante, prueba fortuna!".

La aparicion le fascina, la sigue, corre al Eliseo, en donde una muchedumbre deslumbrante se precipita tras el príncipe. Pasan toda clase de coches por la puerta de aquel palacio, y en cada uno de ellos vé hombres dichosos y rebotando alegría.

Aquel es un embajador, que al mirarle parece decirle: Prueba fortuna!

Este un obispo, que le mira y le dice: Prueba fortuna!

Estotro un juez, que le mira y le sonrie, diciendo: Prueba fortuna!

Así que en adelante, escapar á los gendarmes será toda la ley moral. No es ningun mal robar, estafar, dar de puñaladas, asesinar, si no se comete la necesidad de dejarse coger.

Todo hombre que medita un crimen tiene una Constitucion que violar, un juramento que infringir, un obstáculo que derribar.

En una palabra, tomar bien las medidas, ser hábiles y sobre todo salir triunfantes, porque no hay otros golpes culpables que los golpes en vago.

Si meteis la mano en el bolsillo de un transeunte á la caida de la tarde ó á altas horas de la noche, en lugar desierto, y él os coge, recupera lo suyo, os prende y os lleva á la prevencion, sois culpables y os mandan á presidio. Pero no abandoneis la presa, hundidle el pu-

ñal en la garganta, y cuando haya caido y muerto, robadle la bolsa y huid.

Bravo! es una cosa bien hecha! Habeis cerrado la boca á la victima, al único testigo que podía hablar. Ya nadie os reconvenirá ni os castigará.

Si no hubiéseis hecho más que robar al hombre, hubiérais hecho mal; pero matándole... habeis hecho muy bien.

Todo consiste en conseguir feliz éxito. Esta teoría es horrible.

El dia en que la conciencia humana se desconcertara; el dia en que tuviera razon el éxito feliz, remontaríase al cielo el último destello moral; el interior del hombre quedaría á oscuras, y los hombres nos devoraríamos unos á otros como las fieras en el desierto.

A la degradacion moral únese la degradacion política. Bonaparte trata á los hijos de Francia como si pertenecieran á pais conquistado; borra las inscripciones republicanas y corta los árboles de la Libertad, convirtiéndolos en haces de leña.

En la plaza de Borgoña habia una estatua de la República, que hizo demoler.

La figura de la República coronada de espigas, que se acuñaba en las monedas, hizola reemplazar por su busto.

A los obreros de los arrabales, que, cuando salian al anochecer de su trabajo, tenian por costumbre entonar á coro los grandes cantos republicanos, se les dió orden expresa de callar. En adelante los obreros ya no cantarán; solo es permitido cantar obscenidades y canciones báquicas.

Ayer todavía ocultamente el golpe de Estado mandaba fusilar por la noche, demostrando cierto respeto al pueblo, á quien parecia suponer bastante fuerte para rebelarse. Hoy ya no se oculta ni teme y guillotina en pleno dia. ¿A quién guillotina? A los hombres de la ley, á los hombres del pueblo; y esto lo presenciaban el pueblo y la justicia.

Pero no es esto todo.

Existe un hombre en Europa que inspira horror á toda la Europa; ese hombre es el que ha entrado á saco en la Lombardia y ha levantado patibulos en Hungría; es el que ha mandado azotar á una mujer bajo la horca, de donde pendian extrangulados su marido y sus hijos. Todavía recordamos la carta terrible en la que dicha mujer refiere el hecho indicado, y dice: *Mi corazon se volvió de piedra.*

El año pasado tuvo la idea dicho hombre de visitar como mero viajero la In-

laterra, y estando en Lóndres, dióle el antojo de entrar en una cervecería.

Se llamaba dicha cervecería Barclay y Perkins.

Al momento entró, fué reconocido y exclamó una voz:

—Ese es Haynau!

—Es Haynau! repitieron los demás trabajadores que en ella se encontraban.

Aquella exclamacion fué un grito horrible; la muchedumbre se arrojó sobre el miserable; le arrancó á puñetazos sus infames canas, le escupió en la cara y le echó fuera.

Ahora bien; aquel viejo bandido con charreteras, aquel Haynau, aquel hombre que todavía lleva en su rostro el inmenso bofeton del pueblo inglés, ha sido, segun se dice, "invitado por monseñor el príncipe-presidente á visitar la Francia".

Y esto es justo.

Lóndres le infirió una afrenta y Paris le debe proporcionar una ovacion.

Despues de todo, esto no es más que una reparacion y á la cual nosotros asistiremos.

Haynau, que recibió maldiciones é inyectivas en la cervecería de Perkins, irá ahora á buscar flores á la cervecería de San Antonio, cuyo arrabal recibirá orden de ser prudente, y verá pasar, triunfantes y hablando como dos amigos por sus calles revolucionarias, al uniforme francés y al uniforme austriaco; es decir, á Napoleon, el asesino del boulevard, dando el brazo á Haynau, el azotador de mujeres...

Adelante! continúa, amontona afrenta sobre afrenta; desfigura á esta Francia caida y tendida en el suelo; haz no la conozcan; aplasta la cara del pueblo á taconazos.

Oh! inspiradme, buscadme, prestadme, inventadme un medio, cualquiera que sea, excepto el puñal, que no merece tanto... Un Bruto ese hombre... no! ¡ni siquiera es digno de un Louvel! ¡encontradme un medio cualquiera para echar abajo á ese hombre y librar de él á mi patria querida! ¡Arrojad á ese hombre, á ese hombre de la astucia, de la mentira, de la fortuna, de la ignominia! ¡Venga un medio, cualquiera, el primero que se presente; la pluma, la espada, el adokin; el motin, ya le mueva el pueblo, ya le mueva el soldado; venga un medio, cualquiera que sea, con tal que se presente leal y en pleno dia, que yo lo aceptaré, y no solo yo, sino nosotros todos los proscriptos, siempre que pueda res-

tablecer la libertad, salvar la República, sacar á nuestro pais del oprobio en que yace y hacer caer en el polvo, en su propia cloaca, á ese rufian imperial, á ese príncipe limpia-bolsillos, á ese bohemio de los reyes, á ese traidor, á ese amo, á ese escudero de Franconi, á ese gobernante alegre, inquebrantable, satisfecho, coronado con su crimen horrible; á ese que vá y viene y se pasea impasible á través de Paris estremecido y que todo lo tiene para él, todo, la Bolsa, la tienda, la magistratura, todas las influencias, todas las canciones, todas las invocaciones, desde el nombre de Dios del soldado hasta el *Te-Deum* del sacerdote!

Verdaderamente, cuando se ha fijado por largo tiempo la mirada en ciertos puntos de ese espectáculo, hay momentos en los que un vértigo horrible se apodera hasta de las almas más fuertes.

Pero ¿ni siquiera se hará justicia á sí mismo Bonaparte? ¿No tendrá luz, idea, sospecha ó percepcion confusa de su infamia? Realmente dudamos que la tenga.

A veces, por las soberbias palabras que se le escapan; al verle dirigir increíbles invocaciones á la posteridad, á esa posteridad que debe estremecerse de horror y de cólera ante él; al oírle hablar con aplomo de su "legitimidad", y de su "mision", nos inclinamos á creer que tiene de sí mismo alta consideracion y que se le ha extraviado el juicio hasta el extremo de no conocer lo que es ni lo que hace.

Cree en la adhesion de los proletarios; cree en la buena voluntad de los reyes; cree en la fiesta de las águilas; cree en la arenga del Consejo de Estado; cree en las bendiciones de los obispos; cree en el juramento que se hizo prestar, y hasta ¡en los siete millones quinientos mil votos!

En la actualidad habla, creyéndose con el génio de Augusto, de *amnistiar* á los proscriptos.

Oh atrevimiento! ¡La usurpacion amnistiando al derecho! ¡La traicion amnistiando al honor! ¡La cobardia amnistiando al valor! ¡El crimen amnistiando á la virtud!...

¡Hasta tal punto le ha embrutecido el buen éxito, que encuentra todo eso enteramente natural.

Extraño efecto de la embriaguez! ¡Extraña ilusion óptica que le hace ver dorado, espléndido y radiante el 14 de Enero, es decir, la Constitucion salpica-